

Sectores populares: identidad, memorias y el barrio

Habitantes de un barrio suburbano, activistas sindicales, trabajadores rurales, desempleados, ex – trabajadores de una gran empresa, jóvenes limpiavidrios en una esquina cualquiera del conurbano. Todos ellos, casi nunca protagonistas del relato histórico, poseen historias que aun no fueron contadas.

Las voces de los sectores populares han sido poco escuchadas, mucho menos estudiadas y la mayoría de ellas nunca rescatadas del olvido. Debido a su escasa capacidad para hacerlas visibles, poco sabemos sobre ellas. Sin embargo cuando logramos conocerlas nos brindan matices para comprender los procesos históricos, sociales y políticos. La historia “de los de abajo o vista desde abajo” al decir de los historiadores nos permite detener la mirada en un amplísimo conjunto social integrado por los trabajadores, pero también por sus familias, por los desocupados, por las jefas de hogar y las amas de casa, los ocupados informales y los habitantes de los barrios periféricos. Allí podemos encontrar dimensiones de la vida cotidiana de la gente corriente, acerca de sus modos de lucha y organización, y a veces de la simple subsistencia en los sectores más vulnerables de la sociedad.

Muchos de los relatos que aparecen en los trabajos de investigación del Programa Jóvenes y Memoria son aportados por esa “gente corriente”. En los pliegues de una historia tranquilizadora encontramos esas otras memorias:

Un vecino de una ciudad del interior relata, desde el sentido común que otorga la experiencia, como los militares fraguaron un enfrentamiento para asesinar a un grupo de detenidos, desenmascarando de ese modo la versión oficial.

Los ex trabajadores de una empresa textil de una pequeña localidad de la provincia cuentan sus historias de vida, impregnadas de la certidumbre que otorgaba ser parte de aquella Argentina de pleno empleo de antes de la dictadura.

Un adolescente representa a un adulto; que quizá sea su padre o el padre de un amigo, que se quedó sin trabajo y toma alcohol sin consuelo.

Una mujer cuenta como los vecinos apedrearon la topadora que pretendía “limpiar” la ciudad de villas.

Un grupo de habitantes lucha por un barrio sin basura y sin contaminación y exige respuestas.

El concepto de sectores populares es difícil de definir (o delimitar en su alcance) ya que involucra multiplicidad de sujetos dentro de un espacio amplio, ambiguo y heterogéneo. No admite una definición circunscripta a su ubicación en la estructura económica. Sobre todo el énfasis está puesto en los aspectos culturales que nos permite pensar en dimensiones acerca de los modos de vida, las maneras en que se organiza la familia, el lugar de la educación y el trabajo en la vida de las personas, la alimentación, las creencias, las preferencias en los consumos culturales.

La cultura, así entendida, también se constituye con aquello que sentimos y pensamos, un entramado común que permite que nos identifiquemos con el otro. Además de las creencias, las costumbres, aquello que pensamos sobre nosotros mismos; -ligado de manera indisoluble a aquello que sobre nosotros piensan los demás- son elementos que constituyen identidades. La procedencia de esas creencias también puede ser parte de ese espacio que nos identifica con el otro.

La conformación de un espacio identitario es fundamental para otorgarle sentido a nuestras existencias. Pero la constitución de ese sentido de pertenencia es un trabajo constante, reformulado a través del tiempo por las nuevas generaciones y requiere de ciertas condiciones. Los espacios sociales son parte fundamental de esa identidad, difícil de sostener y de construir en un presente disgregado que no otorga fácilmente espacios para el encuentro.

¿Por qué los barrios?

¿De qué modo, hasta qué punto, la mirada de los otros construye la que tenemos sobre nosotros mismos? ¿Cómo es ese diálogo constante entre la percepción propia y la del otro; entre las vivencias cotidianas, las significaciones que construimos a partir de ellas y la mirada que los otros tienen del lugar donde vivimos? Las voces de la comunidad, cercanas, ayudan a entretelar sentidos de pertenencia y tiempos diferentes –diferentes cronológicamente, diferentes en la forma de haberlos vivido-.

Permiten cuestionar, en su multiplicidad, las representaciones sobre el barrio y sus habitantes, encarnación de los conflictos recordados u ocultos. Al indagar en esas historias particulares podemos pensar en cómo influyen éstas en la construcción de la subjetividad, así como en el impacto de las particularidades del lugar en quienes lo habitan y cómo dificultan o facilitan las posibilidades de organización y acción colectiva.

Los cambios que se han sucedido en los últimos años producto de las políticas neoliberales profundizaron el individualismo y la desarticulación de las redes institucionales. El aumento de la pobreza y la construcción de una mirada negativa hacia los sectores más vulnerables de la sociedad han provocado una mayor fragmentación que incide no sólo en la vida cotidiana sino también en las costumbres, en el consumo, en el bienestar/malestar de los distintos sectores sociales. Las identidades que en otros tiempos eran más definidas, para las que el barrio era el lugar donde se tenía la experiencia directa de crecer, a relacionarse con los pares, a construir lazos con los vecinos, en el presente parecen desdibujarse.

Los jóvenes de hoy nacieron en esa realidad, donde el consumo y la cultura global imprimen un carácter universal a la identidad del “ser joven” –la ropa, la música, las tribus- que contrasta con la impronta de lo local que los diferencia, los hace particulares. Las representaciones mediáticas o las miradas de los adultos ya no definen a la juventud argentina como sinónimo de rebeldía o transformación sino de peligro. Hablan de incompetencias, desorden, ausencia de perspectivas para el futuro. La esquina del barrio ya no es pensada como el punto de encuentro entre los amigos sino de los vagos y delincuentes. No trabajan ni estudian, toman alcohol y drogas. Las puertas de las casas se cierran, la vida privada resulta ser más hermética y las plazas se transitan con desconfianza.

Sin embargo, son esas nuevas generaciones que sorteando estas miradas logran resignificar el espacio. Otorgan nuevos sentidos a la identidad barrial, que no sólo se define por los límites geográficos, sino por las costumbres, instituciones, tradiciones y las similitudes y diferencias con otros barrios. Es en el intercambio generacional donde se construye una historia común; las voces de quienes viven ahí son una referencia

necesaria para la constitución identitaria, que no sólo sostienen un pasado, sino también enfrentan al presente y vislumbran el futuro.

Es en este sentido que proponemos recuperar las memorias de los barrios, que recorren el pasado cargado de esperanzas, lucha, triunfo y también fracasos. Un pasado que deja marcas que los jóvenes vuelven a mirar con nuevos interrogantes, en un presente que necesita nutrirse de la memoria colectiva para entrever las posibilidades de transformación en las experiencias de la vida cotidiana.

Los barrios en el tiempo

A fines del siglo XIX la movilidad social ingresó en un camino de profundización que no se detendría por décadas. La posibilidad de ascenso social atrajo a millones de inmigrantes europeos, quienes en su mayoría pasaron a engrosar las clases populares. Las ciudades experimentaron cambios que afectaron no sólo a su estructura social sino a su fisonomía. La prosperidad transformó, expandió y sectorizó el territorio. Por un lado el espacio público de la ciudad burguesa merecía cada vez más atención con planificaciones y espacios abiertos y cuidados, y por otro los suburbios se convirtieron en barrios. Podemos hablar, en las primeras décadas del siglo XX, del barrio como producción de un espacio público local, en el que participan diversos actores e instituciones públicas y privadas, y que transforma la identidad de los sectores heterogéneos que lo habitan.

Los años 30 trajeron la búsqueda de la superación de la crisis del capitalismo tradicional y el consecuente despliegue de un nuevo modelo económico. Las industrias poblaron la periferia de las grandes ciudades y con las migraciones internas no dieron abasto las ciudades y sus servicios. Los alrededores empezaron a verse ocupados por las “villas miseria”, “villas de emergencia”, calificativos que denotan las carencias y la precariedad de los asentamientos.

Años después el peronismo significaría el reconocimiento de esos sectores populares, la llegada de los “barrios obreros” y la puesta en escena de quienes habían estado al margen del protagonismo urbano. Sin embargo, el reclamo por el “derecho a la vivienda” superó la construcción planificada. Las villas miseria siguieron creciendo sin que el gobierno encontrara una solución.

Durante las décadas del 60 y 70, los años de la radicalización política también ven expandirse las experiencias comunitarias. Su contracara fueron los planes de erradicación de villas implementados por el Estado, que si bien en muchos casos el objetivo fue trasladar a sus habitantes a barrios con viviendas propias y acceso a los servicios básicos, se cumplieron en forma parcial y, más aún, durante las dictaduras militares esos planes se transformaron en sinónimo de persecución y abandono.

Desde la reconstrucción de la democracia no hubo planes sostenidos para solucionar el problema del déficit de viviendas, y la complejización de las actividades económicas fue de la mano del crecimiento de la imposibilidad de acceder a fuentes laborales que dieran la posibilidad de la satisfacer las necesidades básicas. Los bolsones de pobreza y de barrios precarios se extendieron en pocos años, con la consecuente degradación de la categoría de “ciudadano” para todos sus habitantes. Si bien a principios de siglo la modernización había tenido como consecuencia el despliegue de espacios sin historia, en los que ya no se reconocía un “lugar” como dimensión existencial, eso había ido de modo inseparable y complementario junto al nacimiento de una cultura popular moderna, plagada de instituciones con su imaginario de comunidad y costumbres y tradiciones que caracterizaron a formas de vida relacionados con lo local y barrial. Pero el avance neoliberal sólo trajo compartimentación y despersonalización extrema. Las experiencias comunitarias se vieron signadas por la desarticulación de las redes sociales. El 2001 tal vez haya sido un quiebre en cuanto a la visibilidad de los intentos de trabajar por la reconstitución de lazos de solidaridad que la grilla barrial conlleva, con sus instituciones mediadoras que ayudan a los habitantes a ser ciudadanos activos y presentes.